

MAHMOOD MAMDANI

Inventando la violencia política

En las semanas que siguieron al 11-S, los periódicos informaron de que el Corán se había convertido en uno de los mayores éxitos de ventas en las librerías estadounidenses. Sorprendentemente, los estadounidenses parecían creer que leer el Corán podría darles algún indicio en cuanto a la motivación de aquellos que perpetraron los ataques suicidas contra el World Trade Center. Mamdani se pregunta, y duda, si la población de Faluya se ha dedicado a leer la Biblia para intentar comprender la motivación detrás de los bombardeos estadounidenses. ¿Pero, dónde está la diferencia? En este artículo se analiza la naturaleza del debate público en EEUU como un elemento clave en la formación de la opinión pública y la utilización del terror como arma política.

El debate público que siguió a los atentados del 11-S en EEUU se ha visto inspirado por dos intelectuales provenientes de algunas de las mejores universidades del país: Samuel Huntington en Harvard y Bernard Lewis en Princeton. Desde el punto de vista de Huntington, la Guerra Fría fue una guerra civil en el seno del mundo occidental. Afirma que la verdadera guerra aún está por llegar. Esta verdadera guerra será una de civilizaciones y, en esencia, una guerra contra el islam. Desde esta perspectiva, todos los musulmanes son malos.

Por su parte, Bernard Lewis presenta un argumento algo más matizado. Asegura que hay musulmanes seculares buenos y musulmanes fundamentalistas malos, y que Occidente debe saber distinguir entre ellos. Identifica un punto de vista secular con la cultura occidental de una forma tan absoluta que, para él, un musulmán secular es por necesidad un musulmán occidentalizado. Como gurú neoconservador Lewis fue una importante fuente de inspiración en la guerra contra Irak.

Dejando de lado sus diferencias, Lewis y Huntington comparten dos presunciones. La primera es que el mundo está dividido en dos campos —el moderno y el premoderno—. Los pueblos modernos son aquellos que forman su propia cultura; la cultura es para ellos un acto creativo, que cambia con el transcurrir de la historia. A modo de contraste, consideran que los pueblos premodernos tienen una cultura inalterable, ahistórica, que llevan sobre sus espaldas como una carga; portan

Mahmood Mamdani es Catedrático de la Cátedra Herbert Lehman de Gobierno, del Departamento de Antropología y de la Escuela de Asuntos Internacionales de la Universidad de Columbia en Nueva York

Traducción: Leandro Nagore

su cultura como si fuera una insignia, y a veces sufren una especie de escozor colectivo por ella. La segunda presunción es que es posible extrapolar la política de un pueblo de su propia cultura. Yo denomino a estas dos presunciones “habladurías culturales”.

La debacle de la guerra contra Irak se ha convertido en una crisis para lo teórico. Designar a algunos musulmanes de buenos y otros de malos tiene poco que ver con su visión del islam, y mucho con su percepción de EEUU. Un musulmán bueno sería aquel considerado pro estadounidense, y los musulmanes malos serían los considerados como anti estadounidenses. Las “habladurías culturales” no son sólo un error sino que además son conceptos que se autoalimentan. Es muy cómodo considerar la violencia política como algo que está errado con la cultura de una de las partes, y no como una indicación de que hay algún problema en la relación entre dos partes.

El islam político

El islam político moderno, contemporáneo, se desarrolló como una respuesta al colonialismo. El colonialismo presentaba un doble reto, el de una dominación extranjera y la necesidad de reformas internas para enfrentarse a las debilidades que salían a relucir debido a la agresión externa.

El islam político, en sus comienzos, afrontó cuestiones de este tipo en un intento por reformar, y modernizar, las sociedades islámicas. Posteriormente, el pensador paquistaní Abu ala Mawdudi situó la violencia política en el mismo núcleo de la acción política, y el pensador egipcio Sayyed Qutb afirmaba que era necesario distinguir entre amigos y enemigos; con los amigos se utilizarían la razón y la persuasión mientras que contra los enemigos se utilizaría la fuerza. La tendencia terrorista en el islam político no es una herencia de la época premoderna, sino un desarrollo muy moderno.

El islam político radical no es un desarrollo de los ulemas (eruditos legales), ni siquiera de los *mulás* o imames (quienes presiden las oraciones). Es principalmente el resultado de la labor de intelectuales políticos no religiosos. Mawdudi era periodista, y Qutb un teórico literario. Se ha desarrollado mediante una serie de debates, que sin embargo no pueden ser comprendidos como un desarrollo lineal dentro de lo que es el grueso del Islam político. Labrados tanto dentro como fuera del islam político, suponen a la vez una crítica hacia su vertiente más reformista y un compromiso con ideologías políticas rivales, sobre todo con el marxismo-leninismo.

El periodo tras la II Guerra Mundial fue uno que siguió a un largo noviazgo, de varias décadas, con la violencia política. La lucha armada estaba de moda en los movimientos de liberación nacional y en los revolucionarios. Muchos activistas políticos estaban convencidos de que una lucha en profundidad tenía que ser armada. El desarrollo de tendencias religiosas políticas que glorifican el papel liberador de la violencia son un fenómeno posterior. Más que un producto del fundamentalismo religioso, sería mejor considerarlo como secular y religioso al mismo tiempo, un signo del tiempo en que vivimos.

La guerra fría tardía

Teniendo esto en cuenta, ¿cómo se convirtió, en unas pocas décadas, el terror islamista, una tendencia teórica que interesó a algunos intelectuales y cuya importancia política en los años setenta era marginal, en elemento central de la vida política? Para responder a esta pregunta es necesario remontarse a la época que siguió a la derrota estadounidense en Vietnam, un periodo que yo llamo la guerra fría tardía.

La descolonización alcanzó un punto culminante en 1975. El año de la derrota estadounidense en Vietnam también fue el año en el que se derrumbó el imperio portugués en África. La consecuencia fue un cambio en el centro de gravedad de la Guerra Fría, del sudeste asiático hacia el sur de África. La gran pregunta era; ¿Quién se quedaría con la parte del pastel del imperio portugués en África: EEUU o la Unión Soviética?

La característica más importante de esta nueva fase de la Guerra Fría fue el fuerte movimiento antibelicista dentro de EEUU, contrario a toda intervención militar directa en el extranjero. Henry Kissinger, el secretario de Estado estadounidense, diseñó una estrategia para hacer frente al cambio en el contexto: si EEUU no podía intervenir directamente en el extranjero, lo haría a través de otros. Esto dio el pistoletazo de salida a la época de las guerras indirectas, una que marcaría el período entre Vietnam e Irak.

En Angola tendría lugar la primera intervención indirecta importante que realizó EEUU en el periodo que siguió a la derrota en Vietnam. En un primer momento, Kissinger solicitó los servicios de mercenarios para contrarrestar el movimiento independentista en Angola, y luego siguió con un guiño hacia el régimen del *apartheid* en Suráfrica. La intervención surafricana fue desacreditada a nivel internacional desde el momento en que se hizo pública, y llevó a una fuerte reacción antibelicista en el Congreso: la Enmienda Clark que puso fin a toda asistencia, abierta o encubierta, a las fuerzas anticomunistas en Angola.

El Gobierno de Ronald Reagan elevó la guerra indirecta de una reacción pragmática a una estrategia global, denominada la Doctrina Reagan. Desarrollada como reacción a dos revoluciones que sacudieron el mundo en 1979 —la de los sandinistas en Nicaragua y la de los islamistas en Irán—, la Doctrina Reagan se basaba en dos constataciones. La primera era que EEUU se había preparado para luchar una guerra equivocada —contra las tropas soviéticas en las llanuras europeas— mientras que perdía, de forma simultánea, la verdadera guerra, aquella contra el nacionalismo del Tercer Mundo. Reagan hizo un llamamiento para que EEUU se involucrase en la guerra que ya se estaba librando, contra las guerrillas de antes que ahora ostentaban el poder. Argumentaba que no podía haber ningún término medio en la guerra. El Gobierno Reagan retrataba a los nuevos gobiernos nacionalistas, recién llegados al poder en el sur de África y en Centroamérica, como marionetas soviéticas que debían ser eliminados de raíz antes de que se convirtiesen en amenazas reales.

La Doctrina Reagan también giraba alrededor de una segunda iniciativa, que conllevaba un cambio de la “contención” a la “reversión”, que saltaba de la coexistencia pacífica a una apuesta determinada, sostenida y agresiva para revertir las

*El Gobierno
de Ronald
Reagan elevó
la guerra
indirecta de
una reacción
pragmática a
una
estrategia
global*

derrotas en el Tercer Mundo. Para subrayar la legitimidad histórica de este giro, incorporaría el lenguaje de la religión al ámbito político. En unas declaraciones ante la Asociación Nacional Evangélica, en 1983, Reagan urgió a EEUU a derrotar “el imperio del mal”.

El mal es una noción teológica. Y como tal, ni tiene una historia ni una motivación. El uso político del mal se sustenta sobre dos pilares. En primer lugar, es imposible coexistir con el mal, ni tampoco es algo que se puede convertir. El mal debe ser erradicado. La guerra contra el mal es una guerra permanente, una guerra sin tregua. En segundo lugar, la lucha maniquea contra el mal justifica cualquier alianza. La primera alianza de este tipo, que fue denominada un “compromiso constructivo”, fue entre las autoridades oficiales de EEUU y el régimen surafricano del *apartheid*.

Compromiso constructivo

Fue mediante el “compromiso constructivo” que los estamentos oficiales de EEUU ofrecieron una cobertura política para el régimen segregacionista de Suráfrica, mientras formulaba una estrategia para luchar una guerra indirecta en las ex colonias portuguesas de Mozambique y Angola. A la vez que el Gobierno de Reagan giraba de la “coexistencia pacífica” a la “reversión”, de forma simultánea, el Gobierno segregacionista de Suráfrica redefinía su estrategia regional de la “detente” al “ataque frontal”.

El amargo fruto de este compromiso constructivo fue la aparición del primer movimiento africano genuinamente terrorista, conocido como Renamo (Resistencia Nacional Mozambiqueña). Creado por el ejército de Rhodesia a principios de la década de los setenta, y alimentado por el ejército de Suráfrica tras 1980, la Renamo tuvo, de forma consistente, a la población civil mozambiqueña como objetivo, para convencerles de que un gobierno africano independiente jamás sería capaz de asegurar la ley y el orden. Al mismo tiempo, cuando el régimen de terror espoleado por la Renamo se convirtió en tema de debate público, el régimen segregacionista lo definió en términos culturales como “violencia de negros contra negros”, como la expresión de conflictos tribales ancestrales, de la incapacidad de la población negra de coexistir sin la ayuda de un mediador externo.

La responsabilidad estadounidense respecto a la Renamo fue exclusivamente política. Pero sin la cobertura política que le brindó EEUU, hubiera sido imposible que el régimen segregacionista surafricano organizase, armase y financiase un movimiento terrorista en el África independiente, durante más de una década —y todo bajo un manto de impunidad—.

El compromiso constructivo fue un periodo de tutela para el estamento oficial estadounidense. EEUU creó y utilizó la Contra en Nicaragua del mismo modo que lo hacía el régimen surafricano con la Renamo en la costa sureste de África. Bajo la tutela de la CIA, la Contra voló puentes y centros de salud, mató a personal sanitario, a jueces y a líderes de empresas cooperativas. El objetivo de estos actos terroristas no era lograr el apoyo de la sociedad civil, sino subrayar la incapacidad del gobierno para asegurar la ley y el orden. El objetivo era convencer a

la población de que la única forma de poner fin al terror era entregar el poder a los terroristas. Esta lección en cuanto a los usos electorales del terror sería seguida de cerca por otros, incluyendo a Charles Taylor en Liberia y el Frente Unido Revolucionario (FUR) en Sierra Leona.

El terror fue una estrategia que EEUU abrazó cuando tenía casi perdida la Guerra Fría en 1975. Mozambique y Nicaragua fueron las piedras fundacionales de esa historia. Tanto la Renamo como la Contra, los movimientos terroristas pioneros, eran productos indirectos tanto de Suráfrica como de EEUU. Ambos eran seculares en cuanto a su orientación. El desarrollo de un producto religioso —el terrorismo apelando a una justificación religiosa— sería una de las características de las últimas fases de la Guerra Fría en Afganistán.

Reversión a la escala global: Afganistán

La guerra de Afganistán fue el principal ejemplo de la “reversión”. En la historia del terror durante las últimas fases de la Guerra Fría, la guerra de Afganistán fue fundamental por dos motivos. En primer lugar, el Gobierno de Reagan conceptualizó la guerra como una guerra religiosa contra el imperio del mal, en vez de presentarla como una guerra de liberación nacional como la que alegaba que luchaba la Contra en Nicaragua. En este empeño, la CIA logró marginar a todos los grupos islamistas que tenían una orientación nacionalista, temiendo que estos grupos pudiesen verse tentados a negociar con la Unión Soviética, por lo que trajo a la palestra a los islamistas más extremos en una asociación que “desangraría a la Unión Soviética”.

En segundo lugar, el Gobierno de Reagan privatizó la guerra en cuanto al proceso de reclutamiento, entrenamiento y organización de una red global de guerreros islámicos contrarios a la Unión Soviética. El reclutamiento se realizó a través de instituciones benéficas islámicas y el entrenamiento mediante madrazas militarizadas. Al contrario que las madrazas históricas, que impartían una multitud de disciplinas, tanto seculares como religiosas, de la teología y la jurisprudencia a la historia y la medicina, las madrazas afganas se ceñían exclusivamente a la enseñanza de un currículo limitado, enfocado hacia una teología limitada (*yihad* islam) y ofrecían una formación militar complementaria.

Esta teología limitada reformulaba el islam alrededor de una única institución, la *yihad*; redefinía la *yihad* como algo puramente del ámbito militar y aseguraba que la *yihad* militar era una guerra ofensiva en la que participaban devotos de reciente reconversión frente a una aceptación más conservadora de una obligación de defensa hacia una comunidad islámica amenazada. Las madrazas *yihadíes* en Pakistán formaron tanto a los niños afganos refugiados, que luego serían reclutados para incorporarse a los talibán, como a los afganos árabes que posteriormente se incorporarían a una red llamada al-Qaeda (“la Base”). Si las guerras de liberación nacional crearon aparatos proto-estatales, la *yihad* internacional creó una red privada de especialistas de la violencia.

EEUU no creó un islam de derechas, una tendencia que se formaría a través de los debates intelectuales, tanto desde dentro del islam político como de ideolo-

gías seculares rivales, como el marxismo-leninismo. La responsabilidad estadounidense pasaba, por tanto, por convertir esta tendencia ideológica en una organización política –incorporándola en la estrategia estadounidense de la Guerra Fría en la fase más tardía de ésta–.

Antes de la *yihad* afgana, el islam político de derechas era poco más que una tendencia ideológica, con escasa organización y poca fuerza sobre el terreno. La *yihad* afgana le brindaría los números, la organización, las capacidades, el alcance, además de la confianza y de un objetivo coherente. EEUU creó una infraestructura del terror pero la proclamó a bombo y platillo como una infraestructura liberadora.